

Andrew Doyle

LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

Y POR QUÉ ES TAN IMPORTANTE

Traducción de Alejandro Pradera

Alianza Editorial

Título original: *Free Speech And Why it Matters*

Publicada por primera vez en inglés por Constable, un sello de Little,
Brown Book Group, Londres.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 Andrew Doyle

© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-740-3

Depósito Legal: M. 3.128-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

Prólogo, <i>Rebeca Argudo</i>	13
«Necesitamos verificar su forma de pensar»	17
Izquierda y derecha	23
Entonces y ahora	27
Malentendidos frecuentes	33
El contrato social	41
La cultura de la cancelación	47
La condición indispensable	55
La ofensa	61
Un experimento mental	67
La comedia y la sátira	75
El artista autocensurado	81
La nueva conformidad	87
La persuasión y el debate	95
Las palabras y la violencia	101
Terremotos identitarios	107
Incitación	111
El discurso de odio	121
El año cero	127
Agradecimientos	135
Notas	137
Índice analítico	165

Para Jacques Berthoud
1935-2011

Denme la libertad para saber, para decir y para argumentar libremente según mi conciencia, por encima de todas las libertades.

John Milton, *Areopagítica*

PRÓLOGO

Rebeca Argudo

En algún momento y en algún lugar hubo seguro un niño primero que, ante el adulto que pregunta: «¿Qué pedirías a un genio si te concediese un solo deseo?», en vez de contestar: «Todos los dulces del mundo» o «Que estalle mi colegio por los aires», respondió: «Deseos infinitos». Si a ese mismo niño le hubiesen preguntado cuál de los Derechos Universales elegiría si solo pudiese defender uno, su respuesta habría sido, estoy convencida, «La libertad de expresión», pues con él sería nuestro espabilado niño primigenio capaz de defender todos los demás derechos del ser humano. Es este libro, pues, la respuesta extendida de nuestro niño sabio al adulto insidioso.

La primera reacción es de estupor, sí, lo sé. Leer en pleno siglo XXI un título como *La libertad de expresión y por qué es tan importante* produce la misma sensación, casi de sonrojo, que se experimentaría ante un «El agua moja y te diré el motivo». Pero es esa, precisamente, una de las razones por la que, el que tienes entre las manos, es un libro necesario: todos estamos a favor de la libertad de expresión y todos damos por sentado que es un derecho ya conquistado, tan seguro y establecido que no necesita defensa, que no corre peligro. Y sería ese nuestro primer error, pues es imprescindible su defensa constante de la amenaza evidente, siempre asediada por los poderes

que querrán callar al que disiente, de aquellos a los que interesa que no sean escuchadas las voces que discrepan. Pero también de la amenaza queda, de nosotros mismos y de nuestros prejuicios.

Si hiciésemos una pequeña encuesta a nuestro alrededor, es probable que todo el mundo se muestre a favor de la libertad de expresión y en contra de la censura, y así lo manifieste sin mayor problema ni duda en voz alta. Pero si afinamos un poco más, si preguntamos por afirmaciones xenófobas, chistes sobre víctimas de terrorismo o abusos infantiles, expresiones abiertamente machistas o comentarios desconsiderados hacia, por ejemplo, discapacitados y desfavorecidos, es muy posible que una buena parte de nuestros encuestados piense que ahí se debe poner un límite, marcar una línea roja. Y es ahí donde se tambalea la defensa de la libertad de expresión y ahí justo donde es necesario recordarnos su importancia y reforzarla. Precisamente en ese punto en el que se evidencia el divorcio entre la facilidad con la que podemos expresar nuestro compromiso con ella y el conflicto que supone mantener esa postura en la práctica, cuando defenderla supone hacerlo también para aquellos con los que estamos abiertamente en desacuerdo, cuyas opiniones e ideas nos repugnan incluso. Para los perversos, los desconsiderados, los idiotas, los desagradables y los mezquinos. Para los equivocados, los estúpidos, los desinformados, para los mentirosos y los ignorantes, los manipuladores y los interesados. Para esos, que siempre son los otros, qué casualidad, nunca nosotros, es también la libertad de expresión.

Y aquí es donde, sin apenas darnos cuenta, se nos escapa un «pero». Y no hay «pero» bueno, es el drama de las adversativas, cuando la frase empieza en positivo. Cada «pero» que añadimos a nuestra defensa de la libertad de expresión es una pequeña grieta que amenaza nuestras libertades, aunque sea levemente, y apuntala una no-defensa. Refuerza a los que quieren limitarla. Y

es que no se puede defender la libertad de expresión solo un poquito, a veces sí y a veces no, en determinadas ocasiones. Según, quizá, tal vez, depende. La libertad de expresión se defiende siempre o no se defiende nunca. No admite gradación. No permite una defensa con matices ni condiciones. Eso implicaría, directamente, que estamos ante lo contrario: un ataque, una ofensiva. Estaríamos ante una oposición al derecho de todos y cada uno de nosotros a manifestar en voz alta nuestras ideas, a comunicar nuestros pensamientos. Sean estos cuales sean.

No hay mejor método, ni uno solo, que dé mejores resultados para el avance del conocimiento o la resolución de conflictos, que el libre intercambio de ideas y argumentos, el sano debate, la discusión (en su primera y gloriosa acepción: Dicho de dos o más personas, examinar atenta y particularmente una materia). La mejor arma frente a una mala idea es siempre una mejor. Y solo la libertad de expresión ampara nuestra capacidad para rebatir las malas ideas y señalar con argumentos y con datos por qué lo son. No será fácil y serán muchas las trampas. Y es que aún hay quien confunde la defensa de las ideas que se expresan con la defensa de la libertad de expresión y la libertad de expresión con la obligatoriedad de escucha activa; la crítica con la censura y la censura con el respeto; lo que despreciamos nosotros con lo indeseable para todos, y lo indeseable con lo inaceptable. No es, por lo tanto y como ves, cuestión baladí definir escrupulosamente qué es la libertad de expresión y qué no lo es, por qué es tan importante y cuánto nos jugamos poniéndola en peligro.

No tema el lector extrañar a Titania McGrath, la valleinclanesca criatura del autor. La voz de Doyle aquí, la suya propia, no precisa de la sátira ni el desdoblamiento para ser efectiva. No es necesaria la farsa ni el disfraz. Andrew Doyle —él, sin artificio, a cuerpo gentil— nos ofrece un lúcido y sólido ensayo que nos es de utilidad a todos:

A los convencidos defensores de la libertad de expresión.

Para ordenar y articular nuestras ideas porque alguien ha sido capaz de expresar mejor que nosotros aquello que pensamos, pero tan complicado es defender en voz alta, de forma directa y efectiva. Para entender por qué hemos llegado a determinadas conclusiones de manera intuitiva, sin saber muy bien cuál ha sido el proceso reflexivo, la secuencia de argumentos, que las apuntala y justifica. No será para nosotros la palmadita en la espalda condescendiente del que ha venido únicamente a reafirmarnos en nuestras convicciones, sino la explicación razonada que nos ayude a mantenernos firmes justo cuando estas se tambalean y nos hacen dudar, donde flaquea nuestra empresa y más importante es permanecer en el empeño. Para no sentirnos solos y desamparados en esto.

A aquellos que no lo son tanto.

Si se atreven a encarar su lectura de manera desprejuiciada y libre, con afán de aproximarse lo máximo posible a eso que llamamos «la verdad», les servirá para recibir el regalo generoso de la más eficaz y temida de las armas contra los poderosos, los tiranos, los totalitarios y los malvados, contra las amenazas que acechan a nuestras democracias, a veces desde dentro y disfrazadas de responsabilidad de Estado, convencidas —convenciéndonos— de que lo hacen por nuestro propio bien y no por otros oscuros y ocultos intereses. Para entender que, si la libertad de pensamiento es preciada posesión, la libertad de expresión es esta hecha verbo. Y por qué negársela al otro es, contra todo pronóstico, negársela a uno mismo primero.

Si a nuestro sabio niño primigenio le preguntase ahora mismo el incansable adulto insidioso por un único libro elegido por él para ser leído por todos aquellos que hoy en día participan, de una forma u otra, en el debate público, respondería, no lo dudes: «Gira esta página y continúa leyendo».

«NECESITAMOS VERIFICAR SU FORMA DE PENSAR»

Es el tipo de expresiones que no nos parecerían fuera de lugar en las páginas de una novela distópica. Sin embargo, estas no eran las palabras de un agente de algún régimen totalitario, sino las de un agente de policía británico en 2019. La policía de Humberside, un distrito del norte de Inglaterra, se puso en contacto con Harry Miller, un empresario de cincuenta y tres años y antiguo miembro del cuerpo, a raíz de la queja de un denunciante ofendido por un poema humorístico que Miller había compartido en las redes sociales y que se consideraba transfóbico. En el transcurso de la conversación, el agente le explicó que, aunque no era ilegal, a pesar de todo el hecho constituía un «incidente de odio no delictivo». ¿Por qué, preguntó Miller, se calificaba al denunciante anónimo como «víctima» si no se había cometido ningún delito? Y sobre todo, ¿por qué le estaban siquiera investigando? Y ahí llegó la respuesta de mal agüero: «Necesitamos verificar su forma de pensar».

A lo largo de la última década, mucha gente ha detectado una pauta de pequeños cambios en nuestra cultura, una especie de reconfiguración poco sistemática que va en contra de nues-

tro derecho, logrado con gran esfuerzo, a la autonomía personal. El caso de Miller no es un asunto aislado. Entre 2014 y 2019, las fuerzas policiales de Inglaterra y Gales informaron de casi 120.000 «incidentes de odio no delictivos». Un giro de los acontecimientos como este nos ha dejado a muchos con la sensación de que ya no pisamos terreno firme; los temblores son demasiado persistentes. A pesar de que los comentaristas restan importancia a las «guerras culturales» porque las consideran un fenómeno artificial, estas están estrechamente ligadas a esa lacerante sensación de que algo va mal. La experiencia de Miller es una de las muchas historias donde el principio de la libertad de expresión ha sido menospreciado despreocupadamente en aras de lo que se percibe como una prioridad social superior.

Gran parte del fenómeno puede deberse a un cambio radical de la actitud del público respecto a la libertad de expresión y a su crucial función en una sociedad liberal. Una nueva conceptualización de la «justicia social» basada en la identidad ha traído consigo cierta desconfianza hacia la libre expresión sin trabas y ha suscitado llamamientos a una mayor intervención por parte del Estado. Y eso nos deja ante ese confuso y extraño fenómeno: el autoritario bienintencionado. Cuando quienes anhelan una sociedad más justa también reivindican la censura, nos vemos varados en un terreno poco conocido. ¿Cómo se supone que debemos reaccionar cuando quienes desean privarnos de nuestros derechos creen sinceramente que lo hacen por nuestro propio bien?

A menudo los defensores de la libertad de expresión tenemos que hacer frente a la acusación de que estamos incurriendo en la falacia de la «pendiente resbaladiza». Los casos aislados de abuso de autoridad por parte del Estado, nos dicen, no son un verdadero motivo de alarma. Sin embargo, la idea de que los

ciudadanos del Reino Unido podrían ser investigados por «no-delinuencia» nos habría parecido inimaginable hace veinte años. Solo hace falta estar mínimamente familiarizado con la historia del autoritarismo para saber que ese tipo de regímenes no surge de la noche a la mañana. No estoy sugiriendo ni mucho menos que vamos cuesta abajo hacia un futuro de gulags y de juicios-farsa, pero a mí me parece que hay un grado de apatía general que no presagia nada bueno para el mantenimiento de nuestras libertades fundamentales.

Inevitablemente, la expresión «orwelliano» se ha convertido en una especie de cliché y en objeto de burlas por los escépticos en materia de libertad de expresión, pero se trata de una palabra previsible simplemente porque es muy pertinente. Cuando Christopher Hitchens visitó Praga en 1988 para informar sobre el régimen comunista, estaba decidido a ser el «primer escritor extranjero que no hiciera uso del nombre de Franz Kafka». Durante una reunión del comité del movimiento «Carta 77», liderado por Václav Havel, varios policías irrumpieron en el edificio con perros y potentes focos, pusieron a Hitchens contra la pared y le detuvieron. Cuando Hitchens preguntó por los detalles de la acusación, le dijeron que «no tenía necesidad de conocer los motivos». A pesar de las buenas intenciones de Hitchens, las autoridades checas le obligaron a recurrir al cliché kafkiano. Como él mismo observaba más tarde: «No te dejan más remedio».

Análogamente, con cliché o sin él, el espectro de George Orwell ocupa un lugar preponderante en los actuales debates sobre la libertad de expresión. Orwell viene a sumarse a una larga línea de pensadores que han analizado lo que John Stuart Mill definió en 1859 como «la lucha entre Libertad y Autoridad». La oposición a la libertad de expresión no desaparece nunca, y por eso hay que defenderla de nuevo en cada genera-

ción. Es un privilegio que le ha sido negado a la abrumadora mayoría de las sociedades a lo largo de la historia de la humanidad. Nuestra civilización es atípica, casi milagrosa, en su entrega a ese valiosísimo principio. La libertad de expresión muere cuando el pueblo llano se vuelve complaciente y da sus libertades por descontado.

En 1644, el poeta John Milton escribió una elegante apología de la libertad de expresión titulada *Areopagítica*, una enérgica respuesta a la *Licensing Order* de junio de 1643 por la que todos los textos impresos debían contar con el visto bueno de un censor antes de su publicación. A mitad de su panfleto, Milton recuerda su encuentro con el anciano Galileo cerca de Florencia durante el tiempo que estuvo en arresto domiciliario por orden de la Inquisición. Su delito era «pensar en materia de astronomía de una forma distinta a como lo hacían los censores franciscanos y dominicos». Las evidencias de sus estudios le habían convencido de la validez de la teoría copernicana, que afirmaba que la Tierra gira alrededor del Sol. Resulta revelador que Milton no defendiera las ideas de Galileo —en aquella época el modelo tolemaico del universo era aceptado por la mayoría de las personas cultas—, pero claramente se sentía ofendido por el hecho de que las autoridades ordenaran castigar y desacreditar a los librepensadores del mundo.

La historia no es benévola con la soberbia de quienes, como los inquisidores de Galileo, se erigen en árbitros de lo que es permisible en materia de libre expresión y pensamiento. Su autoridad depende únicamente de la sabiduría de su época. Hoy, los escépticos de la libertad de expresión se caracterizan por una tendencia similar a confundir la autosatisfacción con la infalibilidad. Aparte de todo lo demás, la historia de Galileo es un poderoso recordatorio de la importancia de la libertad de expre-

sión, y de que nadie puede estar seguro de qué herejías de hoy se convertirán en las certidumbres de mañana.

Parto de la afirmación de que la libertad de expresión es nada menos que la piedra angular de nuestra civilización. Puede que usted tenga sus reservas al respecto. Puede que usted esté convencido de que la libre expresión sin límites posibilita que los peores elementos de nuestra sociedad causen daño. Se pueden decir muchas cosas a favor de ese punto de vista, aunque yo espero demostrarle que una sociedad que abandona la libertad de expresión corre el riesgo de exacerbar justamente los problemas que con razón a usted le preocupan.

IZQUIERDA Y DERECHA

Tenemos muchas cosas en común. Preferimos vivir en un mundo donde el amor y la compasión triunfan sobre el odio y el fanatismo. Estamos convencidos de que somos responsables no solo de nuestro propio bienestar, sino también del de quienes nos rodean. Nos preocupamos cuando vemos que se maltrata a alguien, sobre todo por sus características inmutables sobre las que no tiene ningún control. Pensamos que las personas deberían pensar antes de hablar y considerar cuidadosamente el efecto de sus palabras.

Todo esto constituye una base firme y sustancial de valores compartidos sobre la que podemos construir. Algunos están convencidos de que dichos valores se ven amenazados por la libertad absoluta de expresión. En este breve libro voy a intentar demostrar que es justo al revés, y que impedir que las personas se expresen como les parezca oportuno representa una amenaza mucho mayor para la cohesión social. Si no estamos de acuerdo en nada más, por lo menos podemos aceptar que nuestras metas son similares aunque nuestras ideas de cómo alcanzarlas no lo sean.

Una vez reconocido que nuestras intenciones son buenas, estamos en condiciones de avanzar y de examinar nuestras diferencias y buscar la forma de resolverlas. Demasiado a menudo ese tipo de debates se ve lastrado por una desconfianza infundada, sobre todo debido a la creencia de que la defensa de la libertad de expresión está asociada al extremismo político. Hoy en día, mucha gente resta importancia a la inquietud por la censura, alegando que no es más que «un tema de conversación de la derecha». Como ha dicho recientemente un comentarista, hay gente para la que la libertad de expresión «no es más que una treta política, una estratagema, un término del que la extrema derecha abusa deliberadamente para sembrar el odio». A mi juicio, la libertad de expresión es un principio que trasciende los conceptos de «izquierda» y «derecha» porque todas las modalidades de discurso político dependen de su existencia. Sí, las personas desagradables seguramente utilizarán su libre expresión para plantear ideas reaccionarias, pero el derecho humano que les permite hacerlo es justamente el mismo que nos permite rebatirlas.

Además, si permitimos que la peor gente de la sociedad se adueñe de nuestros valores más fundamentales, les estamos regalando un grado de poder que no se merecen. El simple hecho de que los demagogos que se alimentan de odio puedan proclamar hipócritamente su lealtad a la libertad de expresión no significa que el principio en sí quede contaminado por asociación. Las personas buenas no deberían abandonar sus creencias cuando las personas malas las reivindican para sí mismas. Si lo hacen, solo cabe decir que sus convicciones eran endeble.

La libertad de expresión es la médula de la democracia. Sin ella, las demás libertades no existen. Los tiranos la detestan porque empodera a sus súbditos cautivos. Los puritanos descon-

fían de ella porque es el manantial de la subversión. A menos que podamos decir lo que pensamos, no somos capaces de innovar, ni tampoco de comprender este mundo. Como señalaba Thomas Hobbes, los griegos «solo tenían una palabra, *logos*, para designar tanto el *discurso* como la *razón*; no es que pensarán que no había discurso sin razón, pensaban que no había raciocinio sin discurso».

La libertad de expresión no es propiedad de nadie; es un precepto universal y un derecho humano nuclear. Si ha llegado a percibirse como una inquietud específicamente de derechas, lo único que viene a demostrar es que los que tienen otras convicciones políticas no han sido capaces de defenderla. En cualquier momento histórico determinado, la defensa de la libertad de expresión habitualmente se deja en manos de quienes tienen la sensación, justificada o no, de que sus opiniones han quedado marginadas.

Cuando yo era niño, los periódicos sensacionalistas de derechas eran habitualmente los que exigían la censura en la televisión, en el cine y en las artes, mientras que hoy en día es un rasgo que predomina entre quienes se definen como personas de izquierdas. Análogamente, ahora la oposición más ruidosa a la censura proviene de los comentaristas de derechas, mientras que hace tan solo unas décadas era justamente al revés. Así pues, no puede decirse que los recelos sobre la libertad de expresión estén vinculados a una filiación política específica.

Por consiguiente, para evitar la acusación de partidismo, es prudente abogar sistemáticamente por el derecho de todo el mundo a hablar con libertad, independientemente de si aprobamos o no lo que tengan que decir. En cualquier caso, la acusación en sí equivale a admitir un sesgo político. Si nos quejamos de que la defensa de la libertad de expresión que hace